

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO VII.

El soldado y el paje.

El día siguiente discurría por las calles de Aviñon una muchedumbre curiosa: era el segundo del interrogatorio de Rienzi; y de un momento á otro se esperaba la sentencia. Entre los extranjeros de todos los países atraídos por la magnificencia papal, era profundo el interés que reinaba con respecto al éxito de aquella causa. Los italianos, aun los de mas alto rango, eran partidarios del tribuno, al paso que los franceses estaban en contra de él. En cuanto á las buenas



gentes de Aviñon hacían poco caso de un suceso que nada debía producir para sus bolsillos, y se hubiera puesto á votación entre ellos la suerte del preso; sin duda alguna le hubieran condenado á ser quemado en la plaza pública, no por odio contra él, sino por especulación.

Entre la multitud sobresalía un hombre de gran talla, cubierto de una sencilla armadura, pero cuyo porte era demasiado fino para pertenecer á la clase que su traje indicaba: en vez de casco llevaba un morrión pequeño de cuero negro con visera saliente, especie de gorro adoptado por los militares en los climas cálidos.

Llovían los equívocos y las chanzas sobre el guerrero, y aquel populacho ligero y burlon engañaba su propia impaciencia á espensas del soldado: pero aunque la sombra del morrión ocultaba sus ojos, la maligna y alegre sonrisa que erraba en sus labios daban bien á entender que el aventurero entendía de bromas, y era muy capaz de devolverlas.

—Yo soy de un estado que fué libre en otro tiempo, decía un rico milanés á su vecino, y por lo mismo creo que el hombre del pueblo merece obtener buena justicia.

—Amen, respondió un grave florentin.

—Me han asegurado que su defensa es una obra maestra, añadió un jóven estudiante de París, dirigiéndole á un doctor en leyes con quien vivía.

—Imposible, repuso este. ¿No ves que no ha recibido grados? ¡Eh! compadre, un poco de modo; no hay que apretarme tanto. Acabad de rasgarme la sotana.

Estas últimas palabras se dirigían á un menestrel ó trovador que procuraba abrirse paso.

—Perdonad, señor mio, contestó con desparpajo, porque esta escena merece verse y contarse: en los futuros siglos se repetirán por toda la superficie del globo las leyendas y trovas compuestas en honor de Rienzi, del amigo de Petrarca, del tribuno de Roma.

El estudiante francés se volvió con prontitud al trovador, y un vivo encarnado coloreó sus pálidas mejillas. Este jóven no participaba del odio general de sus compatriotas contra Rienzi, y conoció que cuando un juglar hablaba en aquellos términos del héroe de la inteligencia, y no del soldado, comenzaba una nueva era para el mundo.

En aquel momento el guerrero sintió que le tocaban por detrás, al mismo tiempo que le decían estas palabras:

—Amigo mio, eres demasiado alto para ocupar el primer término de un cuadro, y así te suplico que te coloques un poco de lado, pues me estorbas, y justamente quisiera ser el primero que viese á Rienzi cuando salga del tribunal.

—Hermoso pajecillo, contestó el soldado alegremente y haciendo sitio á Angelo Villani, no siempre acertarás en meterte á dar órdenes á los que pueden mas que tú. Veo por tu modo de conducirme que algun día serás soberbio con los débiles y adulator con los fuertes.

—Entonces veremos; quizás cambiaré de sentimientos, ó tal vez no.

El aventurero le miró con atención; dió un suspiro, y sus labios revelaron una conmoción extraordinaria.

—Hablas como un hombre, le dijo al fin, mas perdona mi curiosidad; Has nacido en Italia? Tu acento participa del dialecto romano, y sin embargo he visto facciones parecidas á las tuyas en este lado de los Alpes.

—No lo dudo, pero doy gracias al cielo por haberme hecho nacer romano.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando partieron mil aclamaciones de la muchedumbre mas próxima al tribunal. El sonido de las trompetas hizo en seguida callar á la multitud, y la guardia del Papa formada en círculo alrededor del espacio que ocupaban los jueces, reculó dos pasos contra los espectadores.

Gallaron á su vez los marciales clarines y levantó su voz un heraldo: lo que

dijo no llegó á los oídos del paje; pero un grito general de alegría y la agitación continua de mil pañuelos que tremolaban en ventanas y balcones, hicieron saber al paje que Rienzi había salido victorioso.

—¡Ah! ¡Si pudiera ver su rostro! exclamo lleno de entusiasmo.

—Lo verás, dijo al soldado, quien cogiéndole en sus brazos y apartandola multitud con la fuerza de un gigante, se colocó al lado de la guardia por delante de la cual tenia Rienzi que pasar precisamente.

El paje medio contento, medio de mal humor, forcejeó un poco, mas conociendo que sus esfuerzos eran vanos para desasirse de los brazos que lo sujetaban en alto, consintió tácitamente en aquello que el creía un ultraje hecho á su dignidad.

—No te enfades, le dijo el guerrero: tú eres el primero á quien he elevado voluntariamente sobre mí, y lo hago porque tu rostro me recuerda el de una persona querida.

Estas palabras fueron pronunciadas en voz tan baja, que el paje, anhelando divisar al héroe de Roma, no las oyó. Al fin apareció Rienzi acompañado de dos gentil-hombres del palacio del Papa: avanzaba lentamente en medio de las felicitaciones que le dirigía la multitud, pero sin mirar ni á la derecha ni á la izquierda: ninguna señal de alegría ó de agitación se notaba en su semblante. Caían de los terrados y balcones flores en abundancia que cubrían la carrera, y al llegar á un sitio en que el terreno se elevaba, y desde el cual podía descubrir todas las casas inmediatas, se detuvo, y descubriéndose la cabeza dió las gracias por el interés de que era objeto, con una mirada, con un gesto que nunca olvidaron las personas que pudieron percibirlos. Este recuerdo se presentó á la memoria de aquellos corrompidos y frívolos cortesanos cuando llegaron á tener conocimiento del último acto de la vida de Rienzi. También Angelo Villani se acordó.... pero no debemos anticipar los sucesos.

Rienzi no fué conducido á la torre sombría, sino á un magnífico aposento que se le había preparado en el palacio del cardenal Albornoz: al día siguiente fué admitido á la presencia del Papa y proclamado senador de Roma.

El guerrero habiéndole dejado en tierra al paje, y viendo que este le dirigía algunas palabras en acción de gracias, aunque con bastante sequedad, le interrumpió con voz triste y tierna, cuyo tono no pudo menos de sorprender á Angelo, por el contraste que formaba con la apariencia ruda y vulgar de su persona.

—Nos separamos como extraños, querido mio, le dijo, y supuesto que estás seguro de que has nacido en Roma, no hay motivo alguno para que yo crea que existen relaciones entre mis recuerdos y tu persona. Con todo, si algun dia tienes necesidad de un amigo.... Aquí el soldado añadió en voz baja; encontrarás ese amigo en Gualtero de Montreal.

Antes que el paje se recobrase del asombro que le causó aquel nombre temido por él desde la infancia, el caballero de San Juan había desaparecido entre la multitud.

(Continuará).

ACADEMIA FRANCESA.

Discursos pronunciados por Mr. Saint Beuve y Mr. Victor Hugo en la recepción del primero.

DISCURSO DE M. VICTOR HUGO.

(Continuación)

Imposible era que la naturaleza de vuestros trabajos, vuestro talento y vuestra curiosidad biográfica y literaria no os inclinasen un día ú otro á examinar los dos célebres grupos de escritores que dan su mayor originalidad al siglo XVII: los que se reunían en el Hotel Rambouillet y en Port-Royal. El uno inauguró el siglo XVII, el otro le acompañó y cerró. El uno introdujo en el idioma la imaginación, el otro la austeridad. Cada uno de ellos, colocado por decirlo así en las estremidades opuestas del pensamiento humano, esparció una luz diversa: sus influencias fueron felizmente combatidas, y combinadas mas felizmente todavía, y ciertas obras maestras de nuestra literatura, equidistantes de ambas, en ciertas obras inmortales que satisficen á la par la necesidad de imaginación del espíritu, y la necesidad de gravedad del alma, se ven mezcladas y confundidas sus dobles irradiaciones.

El primero de estos dos grandes hechos que caracterizan una época ilustre, y que tan poderosamente ha influido en la literatura y en las costumbres francesas, el Hotel de Rambouillet ha sido objeto de algunas pinceladas vivas y agudas vuestras: el segundo, Port-Royal, ha escitado, y fijado vuestra atención. Escelente es el libro que la habeis consagrado, y aunque aun no está concluido, es sin contradicción vuestra obra mas importante. Bien habeis hecho. Digno asunto de meditación y estudio presentaba esa grave familia de solitarios que atravesó el siglo XVII perseguida y honrada, admirada y aborrecida, buscada por los grandes y perseguida por los poderosos, sacando de su debilidad y de su aislamiento no sé que imponente é inexplicable autoridad y consagrando las grandezas de la inteligencia al acrecentamiento de la fé! ¡Ni

cole, Lancelot, Lemaistre, Sacy, Lillemont, los Arnauld y Pascal, glorias tranquilas, nombres venerables, entre quienes brillan castamente tres mujeres, tres ángeles austeros que tienen en la santidad la magestad que las mugeres romanas tenían en el heroísmo! Hermosa y sabia escuela que reemplaza á Aristóteles como maestro y doctor de la inteligencia; como san Agustín, que conquistó á la duquesa de Longueville, que formó al presidente de Harlay, que convirtió á Aurena, y que adoptó á la par la estremada blandura de san Francisco de Sales y la estremada severidad del abate de Saint-Cyran. A decir verdad, y nadie mejor que vos lo sabe, (porque de cuanto estoy ahora diciendo tengo á vuestro libro presente en mi memoria), Por Royal fué literario solo por casualidad y lateralmente, si así puede llamarse; el verdadero objeto de aquellos tristes y rígidos pensadores era puramente religioso. Estrechar los lazos de la iglesia por dentro y por fuera, con mas disciplina en los sacerdotes y mas fe en los fieles, reformar á Roma obedeciéndola, hacer en el interior y con amor lo que Lutero había intentado hacer en el exterior y con cólera; crear en Francia entre el pueblo doliente é igno-ante y la nobleza voluptuosa y corrompida una clase intermedia, sana, estóica, y fuerte, inteligente y cristiana; fundar una iglesia modelo en la Iglesia, una nacion modelo en la nacion, tal era la secreta ambicion, tal era el profundo sueño de aquellos hombres, ilustres entonces por la tentativa religiosa, e ilustres hoy por los resultados literarios. Y para conseguir este fin, para fundar la sociedad segun la fé la verdad mas necesaria á sus ojos entre las verdades necesarias, la mas luminosa, la mas eficaz, la que su creencia y su razon les demostraban mas poderosamente, era la debilidad del hombre probada por la mancha original, la necesidad de un Dios redentor, la divinidad de Cristo. A este objeto se dirigian todos sus esfuerzos como si en él estuviese el peligro. Amontonaban libros sobre libros, pruebas sobre pruebas, demostraciones sobre demostraciones, por un maravilloso instituto de presciencia que solo pertenece á los espíritus graves. Hubiérase dicho que aquellos hombres del siglo XVII proveian á los del siglo XVIII. Hubiérase dicho que asomados al porvenir con inquietud y atencion conociendo por no sé qué siniestro estremamiento de la tierra que iba acercándose entre las tinieblas una legion desconocida, iban venir de lejos el sombrío y tumultuoso ejército de la Enciclopedia, y que en medio de aquel oscuro rumor, distinguió ya confusamente la voz triste y fatal de Juan Jacobo y la horrible carcajada de Voltaire!

Apenas atendian á las persecuciones de que eran blanco. Mas llamaban su atencion los peligros de la fé en el porvenir que los dolores presentes de su comunidad. Nada podian, nada querian, nada ambicionaban. Trabajaban y contemplaban; vivian en la sombra del mundo y en la claridad del espíritu. Espectáculo admirable que conmueve el alma sorprendido el pensamiento. Mientras que Luis XIV domaba á la Europa, y Versailles maravillaba á Paris, y la corte aplaudia á Racine, y la ciudad aplaudia á Moliere; mientras que resonaba el siglo con el ruido de las fiestas y de las victorias; mientras que todos los ojos admiraban el gran rey y todos los espíritus al gran reinado, ellos, pensadores solitarios, destinados al destino, al cautiverio, á una muerte oscura y vejana, encerrados en un claustro que amenazaba ruina, y cuyos últimos vestigios debia borrar el arado, perdidos en un desierto á pocos pasos de ese Versailles, de ese Paris, de ese gran reinado, de ese gran rey, trabajadores y pensadores, cultivando la tierra, estudiando los textos, ignorando lo que hacian la Francia y la Europa, buscando en la Santa Escritura las pruebas de la divinidad de Jesus, buscando siempre en la creacion la apoteosis del Criador, fijos los ojos únicamente en Dios, meditaban sobre los libros sagrados y la eterna naturaleza, sobre la Biblia, abierta en su iglesia y el sol, campeando en medio de los cielos.

(concluirá)

COMUNICADOS.

Señores Redactores de la revista de Teatros.

Muy señores míos: en su apreciable Diario del día de hoy al anunciar la *Mónita secreta de los Jesuitas* en un tomo en 8.º que se venderá en las librerías de Boix, se dice para recomendar esta obra, que el *Análisis documentado de los Jesuitas* es una copia de un libro antiguo, y esto es una falsedad.

La obra que la *Sociedad literaria* publica con un éxito asombroso contendrá, como se ha dicho en el prospecto, cuanto se ha escrito mas importante sobre la materia, ademas de otras muchísimas noticias ignoradas, y haber empezado el primer tomo con algunos documentos extraídos de un acreditado libro antiguo, no prueba que los seis ó mas tomos de que constará esta publicacion sean una copia de él.

Los *Jesuitas ó Análisis de la compañía de Jesus* que está publicando la *Sociedad Literaria*, formará la historia mas completa, interesante é instructiva que pueda escribirse en la actualidad, comprendiendo entre otras preciosidades la *Mónita secreta*. Confiada su redaccion á las plumas mas aventajadas de esta corte, puede asegurarse que corresponderá toda ella á la avidez y entusiasmo con que han sido leídos y buscados sus dos primeros tomos.

El tercero y restantes saldrán á la mayor brevedad.

No pudiendo imaginar que haya habido intencion siniestra en el aserto del anuncio que ha motivado estas lineas, estoy seguro, señor director, que se apresurará V. en publicarlas en el próximo número para que sirvan de rectificacion, á lo que le quedará reconocido su atento S. S. Q. S. M. B.

El director de la *Sociedad Literaria*, Wenceslao Ayguals de Izco.
Madrid 26 de marzo de 1845.

Sr. D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Muy señor mío: en respuesta á su apreciable 26 del corriente que ha pasado á mis manos, el editor de la *Revista de Teatros*, debo decir, que no es al anunciar el *Mónita secreta de los Jesuitas*, sino al anunciar el folleto titulado *Los Jesuitas juzgados por sí mismos ó Constituciones públicas é instrucciones secretas ó Mónita secreta de los Jesuitas*; y que no es verdad, diga el anuncio que el *Análisis documentado* sea todo copia de un libro antiguo; pero sí digo, que todo ó casi todo lo dicho en el primer tomo es copia, no extracto del libro en cuarto titulado: *El retrato de los Jesuitas al natural*. Traducido del portugués, y esto se dice por incidencia, hablando del primer tomo y nada mas; pues mal podía hablar de los que no han visto la luz pública. *Los Jesuitas juzgados por sí mismos* no se recomienda, porque el análisis documentado sea ó no copia de un libro antiguo, sino porque cuanto de los Jesuitas se diga, con respecto á su conducta, está mandado practicar en las Constituciones públicas é instrucciones secretas anunciadas por mí. No dudo de la excelencia del *Análisis documentado*; pero todos los elogios que V. hace de esta obra deben quedar al cargo de otro; porque como dice el refrán, ¿Quién alaba á la novia? Una tia suya.

La publicacion de los *Jesuitas juzgados por sí mismos* lejos de perjudicar al análisis documentado, corrobora cuanto en él se ha dicho y pueda decirse, porque todo se funda, como ya lo hemos dicho, en las constituciones.

Sepa V. por último, que si hubiera querido extractar contra los Jesuitas, que es lo único que se puede hacer, por estar ya dicho y escrito todo, tengo á mi disposicion: *La Moral práctica de los Jesuitas, el teatro Jesuitico y el retrato de los Jesuitas al natural*, y si alguna obra me faltara para hacer tanto, aunque no tan bien como las mejores plumas de la corte, sabe donde hallarla S. S. Q. S. M. B.

El autor de los *Jesuitas juzgados por sí mismos*.

SERMONES

PRONUNCIADOS EN LA IGLESIA

DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS,

POREL R. P.

ENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE

del orden de predicador es.

Se ha repartido el tercer sermon.

Es harto popular en nuestra patria el nombre del P. Lacordaire, citado en primera línea entre los oradores sagrados contemporáneos, ó por mejor decir, preferido á todos ellos por el voto general de los inteligentes.

Esta circunstancia pudiera escusar to la recomendacion de la presente obra, que nuestros literatos, y en especial el ilustrado clero español, acogerán sin duda con la avidez y aceptación que ha leído los imperfectos extractos que de las piezas que la forman han dado á luz varios periódicos religiosos.

El P. Lacordaire es uno de aquellos varones que aparecen en medio del mundo cual señalados por el dedo de la providencia para edificar á una sociedad escéptica é indiferente. Poseído el mismo en su juventud de iguales errores, la propia experiencia le ha enseñado á manejar oportunamente las armas mas eficaces para arrancar á sus hermanos de tan lastimosa situacion.

En cuanto al carácter de la elocuencia del P. Lacordaire, difícilmente se encontrará en otro orador rasgos mas originales y sorprendentes pudiera decirse que se ha creado una retórica no muy fácil de practicar con éxito feliz. La elocuencia del corazón no ofrece muchos modelos tan cumplidos como los que presentamos al público. El don de improvisar, á pocos se ha concedido, cual le posee el nuevo póstol francés.

Los frutos de su predicacion corresponden á tan aventajadas y sublimes cualidades, que como dejamos insinuado, parecen señalar una inspiracion del cielo.

Contamos para esta publicacion con la

precisa licencia del ordinario de la diócesis, y en ella procederemos bajo la direccion del señor don Juan Gonzalez escritor eclesiástico de distinguida reputacion.

PLAN DE PUBLICACION.

Los SERMONES del P. Lacordaire segun se vayan imprimiendo en Francia se darán por entregas, que contendrá cada una un sermon.

Condiciones y precios de suscripcion.

Se imprime esta obra de buen papel y de un carácter de letra claro, en tamaño 8.º mayor.

El precio de cada sermon será en la forma que ha parecido á su editor mas conveniente y fácil, fijándose á real el pliego de 16 páginas en 8.º mayor en sermones sueltos en Madrid, y á medio real siempre que sea con abono por toda la coleccion, y con el aumento de portes en las provincias, en cuyo caso deberá adelantarse el que se suscriba 20 rs. vn., importe de 40 pliegos de impresion en Madrid y 30 en las provincias, cuyo pago se irá renovando á medida que se sepan los volúmenes ó sermones de que constara esta coleccion.

Cada mes saldrá uno ó dos sermones, cada uno con su cubierta de color, y se reportará al domicilio de los señores que se suscriben.

Se admiten suscripciones en Madrid librerías de su editor D. Ignacio Boix, calle de Carretas, y en a de los señores Viuda de Calleja é Hijos, y en todas las principales librerías del reino y del extranjero.

CONFERENCIAS

DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

O SEAN SERMONES predicados por el R. P. Enrique Domingo Lacordaire, puestos en castellano por el presbitero don José María Díez Jimeuez.

Se ha repartido la primera entrega.

Se vende en las librerías de los señores Viuda de Calleja é Hijos, y en las de BOIX, calle de Carretas, núms 8 y 35.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: el drama en cuatro actos y en verso, titulado: FELIPE EL HERMOSO. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con el juguete cómico en un acto titulado: LAS GRACIAS DE GEDEON.

DEL CIRCO.

A las ocho de la noche: 1.º Sinfonía de GUILLERMO TELL. 2.º Primer acto del HERNANI. 3.º Acto cuarto del NABUCO. 4.º Tercer acto de LOS MARTIRES.

DE VARIEDADES.

A las ocho de la noche: el drama en dos actos, titulado: UN DIA EN MI PATRIA; intermedio de baile, y la comedia en un acto UN PASEO A BEDLAM.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.